

Abrese el BAZAR a las 9 mañana.
Cierrase a las 18:60 noche.

Año XXXV

1.º

MIERCOLES

1892.—Se publica el primer número de este periódico.

Para los forasteros S. Bienvenido.

El Bazar Murciano

EN MURCIA: Platería, 66 y 68 — CASA EN CARTAGENA: Mayor, 33 —
ECO DE LOS ESTABLECIMIENTOS DE SU NOMBRE
DIRECTOR PROPIETARIO: Ricardo Blázquez

LOS MUÑECOS Y LA FANTASÍA

Me preocupa saber cómo influirá en el alma de los niños esta tendencia, cada vez más acentuada, a ofrecerles caricaturas.

Antes, los muñecos no tenían personalidad. Se procuraba que sus facciones fuesen regulares, con una regularidad francamente inexpresiva. Hasta tal punto era así que la falta de carácter llegó a ser una característica. Se decía: «cara de muñeca» para dar a entender un rostro sin tacha, pero sin expresión. Precisamente, por no tener expresión, los muñecos aceptaban todas las que querían atribuirles los niños. La las que querían atribuirles los niños. La distancia entre la alegría y el dolor, aquel punto de fiel de balanza que los hombres habían dado a su fisonomía, favorecían todas y cualesquiera de las imaginaciones infantiles. Una niña podía decir: «mi muñeca está triste». Usted miraba aquella cara inexpresiva y opinaba: «por lo menos, no puede decirse que esté alegre». Y también era aceptable la tesis contraria.

Ahora no. Estos muñecos de trapo (divinamente hechos algunos de ellos, verdaderas obras de arte) son tan personales, están hasta tal punto sobrecargados de expresión, que no se qué margen dejan a la fantasía de las criaturas. ¿Cómo el fantoche que representa a un baturro mal afeitado y con una risa estúpida de patán, puede ser algo más o algo menos que eso: un patán que sonríe estúpidamente? Y en las ilustraciones de los cuentos ocurre algo parecido. Antes podíamos idear a nuestro antojo las perfecciones de los príncipes encantados y la fealdad del ogro. Ahora los protagonistas ofrecen en caricatura, clavan en la atención del niño esas aristas, esos trazos, cautivadores por su anormalidad, de toda caricatura. Yo he conocido un niño que enfermó de disgusto al ver que el héroe de una serie de episodios que habían impresionado la tierna almita, tenía una nariz desmesurada. Que aquel héroe tan atrevido y simpático poseyese semejante nariz y no pudiera desprenderse de ella, afligió al pequeño, que querría saber bello y perfecto al amado realizador de tantas maravillosas hazañas.

Mi opinión es que la caricatura es un arte para ser ofrecido a «personas mayores». Hay en ella un cerebralismo y también una amargura que no es conveniente brindar a la infancia. La caricatura no es hija de la fantasía, contra lo que pueden hacer creer a cualquiera sus líneas de dislocada apariencia; es, por el contrario, hija de la razón, de la razón crítica, la más fría de todas las razones.

¿No es éste un manjar demasiado indigesto para un niño?

W. FERNÁNDEZ-FLÓREZ

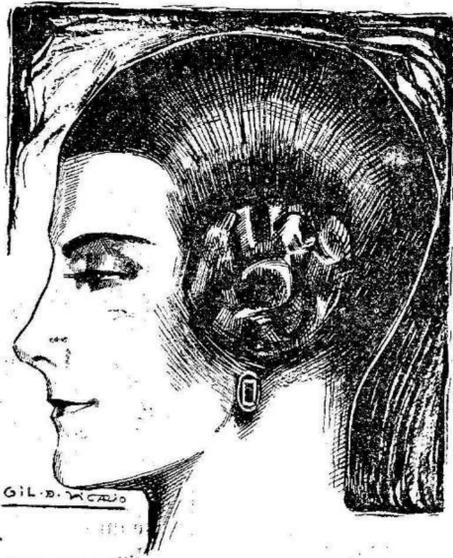
Madrid.

DIÁLOGO ENTRE MUÑECAS

Una muñeca descolorida, cansada de exhibirse, sin que nadie la compre, a pesar de su snobismo con melenita a la garçoné, párpados azules, boca de figura de naipe francés y «robo» levisimo, descontentado hasta el alma:

—Totó. ¿Me oyes, Totó? No te veo más que un ojo, por entre esas cajas. ¿Duermes, Totó?

—Estoy cansada de sostener siempre este aparato mata-moscas, que han puesto sobre mí. Se le sale el liquido: ha disuelto mi boca y el carmin me escu-



GIL DE VICARIO

roban. Se pintan los labios en forma de corazón y los ojos, imitándonos; se rapan, hasta dejarse la melenita a ras de las ideas...

—Como nos la dejaron a nosotras, cuando nos trajeron de Paris.

—A mi, no. Yo tenía una cabellera magnífica, de oro veneciano. Cuando me pidieron de Murcia, un director muy espiritual, que sabía Historia del Arte, me peinó en dos trenzas y las enrolló sobre mis temporales, dándome así cierto parecido con la Dama de Elche, por hacerme simpática a las murcianas, que conservan rasgos de esa escultura...

—¿Como la muñeca que ha venido a verte! Pero tú estas rapada a lo «bob».

—Cierto. Me pesa. Un día, nuestro amo Ricardo, destrenzó mis rodetes de oro, y con una tijera asesina cortó mi feminidad, dejándome así, como todas...

—¡Vaya un capricho!

—Me quería así una niña de esas que padecemos. Me enviaron rapadita, a su casa; al verme, le oí decir: «¡Coco, coco! ¡Fea!» Y me devolvieron al bazar.

—¡Bien le estuvo a Ricardo!

—¡Calla, no te oiga!

—No me oye. Está distraído. Se entretiene en decapitar muñecas.

—Es muy malo. Me cogió al devolverme; quiso arrancarme la piel para poner-

me otra peluca de cabellos largos Yo, aterrorizada, llamé a gritos, con esas dos palabras que ya no puedo decir y que son las que primero aprende todo niño. Porque yo decía esas palabras, ¿sabes? Mas al arrancarme la peluca arrancó Ricar-



do con ella el aparato de decirlas... Y me estropeó para siempre. ¡Malditos hombres!

Por eso soporto, resignada, el peso de mi desventura y el de este aparato mata-moscas, sin poder decir las dos palabras mas gratas que podemos decirnos en la vida, para consuelo nuestro; con la peluca a lo bob, despegada y soportando la tortura de la presencia de ese asesino que va y viene por el bazar, en mangas de camisa y con el pelo más corto que el de mi cabeza...

Por la indiscreción
LUIS GIL DE VICARIO

LO QUE DICE UN PADRE

(Pensamiento de Pottecher)

Todas mis complacencias en tí he cifrado; te he dado el oro puro de mi cariño; he sembrado en tu pecho la fé cristiana, y, con impulso noble de amor bendito, para que en tí florezca lo que en mí muere, lo mejor de mi vida para tí ha sido.

Si pretendas pagarme, cuando seas hombre, busca de la existencia —tras lo infinito— un modelo más grande, más elevado, donde lo humano aliente con lo divino, y si al fin me aventajas

¡Dios te bendiga!
Ya estaré bien pagado,
mi buen hijito.

Como tú en mi cariño
vives seguro,
pensando en tu mañana
seguro vivo;
yo sé que las ternuras
que en tí he sembrado
han de rendir cosechas
de amor bendito...
¡Trabaja, lucha, vence!
¡Sé siempre grande!
Y, en el combate rudo
contra el Destino,
no pienses que estás solo
cuando yo muera...
¡Lo mejor de los padres
vive en los hijos!

M. R. BLANCO BELMONTE

CAMPANAS

En las torres cristianas bien alto, en lo más limpio de la luz hay un cálido nido de campanas y encima hay una cruz.

Palomas de metal, aves extrañas de encadenado vuelo que sus nidos en altas espadañas colgaron por estar cerca del cielo.

Esclavas de las fraguas cantadoras del tiempo, que las hace sin piedad hendir los golpes lentos de las horas al yunque férreo de la eternidad.

Almas presas en recios guardainfantes que anuncian desde el viejo torreón la fiesta, los casorios rutilantes, la dobla funeral y la oración.

Esquilas y campanas cantarinas amables por tener sus copas forma de haldas femeninas silueta de cadera: de mujer.

Ellas son de las horas el vijía, sus posas van a recibir al Sol y celan el pasar del Mediodía y son de los Ponientes el estol,

y a media noche desde su celaje de piedra escrutan el reloj inquietas para anunciar el negro maridaje, la magna conjunción de las saetas.

Son el primer acento que oye el viajero que retorna al lar, son un saludo que cabalga al viento, una voz conocida y familiar,

una voz que se lleva en las entrañas asociada al color de nuestros cielos, al antiguo perfil de las montañas y a la voz y al perfil de los abuelos.

¡Ah! las viejas campanas pregoneras de la fiesta mayor que riman con las notas algareras de la suave dulzaina y del tambor.

¡Ah! campanas al vuelo, sus ritmos son un dátilo de paz que va tñiendo de alegría el cielo y asoma en las pupilas del rapáz.

Campanas que en la torre tañen lento, cuyas posas de un muerto van en pos, barítonas de voz, tristes de acento, cuando dicen ¡adiós!...

Campanas prestigiosas que tocan desde activa catedral; campanas que son secas y gangosas! cual los frailes del claustro monacal.

Campana de cristal, campana de oro —voz impíber de alados serafines— la que une a las hermanas en el coro al rezo de maitines.

Campanas del colegio de monjitas que llaman a la ingenua colegiala, pasando sobre rubias cabecitas cual la sombra de un ala.

Campanas que estremecen al novieto; campana maternal la bendita campana del hospicio; ¡campanas de presidio y de hospital!

¡Desgraciadas campanas! son sus notas las lágrimas que vierten sin cesar muy tristes por tener sus alas rotas y no poder volar.

ANTONIO MARTIN MAYOR

Autor de la poesía premiada por el diario «A B C» con 5.000 pesetas, para conmemorar la hazaña del «Plus Ultra».

La fiera del bosque

Sobre dos soberbios caballos de exaltados ojos, brillo de barniz negro en el pelo y espuma en la boca, marcha una pareja de la Guardia del Rey a media noche, escuchando solamente el silbido lejano de un pájaro nocturno que parece sorberse el aire con la paja de su silbido. Los jacos caminan enfocando el cucurucho de sus orejas hacia la música de sus pasos, para llevar el ritmo.

Hay una casita en medio de la noche y en medio del bosque. Pasarian de largo, pero sienten llorar.

Entonces se llegaron a ella, se descabalgó uno del caballo de anchas ancas sin que por eso se le descosieran sus calzas estrechísimas, y dió dos golpes sin el repiqueteo de «una copita de oje», porque el caso podía ser serio.

Abrió la mujer que lloraba. Un candil narigudo como una vieja y misterioso como una bruja, encendió cuatro reflejos, como cuatro estrellas, en los cuatro ojos de los caballos.

¿Había un gigante en la estancia? No; era que andaba por las paredes la enorme sombra de la viejecita, que llevaba delante el candil.

—¿Por qué llorais, anciana?

—Porque todas las noches siento toser por ese bosque a una fiera.

—Haremos que lo sepa el Rey Kittasol III; y montó mirando a todos lados, y salieron corriendo hacia la Ciudad, llenos de miedo

Los heraldos del Rey, que era el Rey de Oros, dieron este pregón:

«Nuestro Rey y Señor ordena y manda: Que se dé muerte a la fiera del bosque. El Rey regalará una bolsa con los tres mejores juguetes del Bazar Murciano al que lo haga, si antes se pasa por Palacio para ponerse un brazalete como insignia».

Los heraldos, montados en los cuatro caballos de la baraja, recorrieron la isla, uno por el norte, otro por el sur, etc..

Chonón que se encontraba como siempre, detras de una roca, jugando a que estaba en una guerrilla, lo oyó, se incorporó, se fué a su casa, cogió un espadín viejo, se colgó con una cuerda un embudo como el que se cuelga unos prismáticos, y se fué a Palacio.

—¿Tú también vas a la caza, Chonón?—le preguntó el Rey al verle con una cara muy seria, con mandíbula voluntariosa, girando la cabeza hacia el lado en que le ponían el brazalete, y con el mismo gesto infantil de un niño valiente al que estuvieran vacunando.

—¡Anda! ¡Ya lo creo! Y te advierto, Señor Don Rey, que yo la cazo...

Apalancó la espada por el puño, y para salir saludó al Monarca de tal modo que le enseñó la nuca en la reverencia.

—¡Adios, valiente Chonón!...

En la picota de una montaña del bosque, pareció sentir un ruido extraño. Sacó el embudo, lo puso en su oído, y se orientó. Entonces comenzó la marcha como si fuera «a grillos»; quiere decirse que chafaba con cuidado las pajas para no hacer el menor ruido. Pero aún estaba lejos; la tos.

Al subir a las montañas, se arañaba las manos; al bajar las terribles pendientes se rompía los calzones...

Sintió sed; se fué a la cascada de un pequeño arroyo, puso el embudo, y bebió por el pitorro. De modo que en el embudo cabía mas agua que en un botijo o que en una cantimplora, porque el embudo podía estar toda la noche echando agua. ¡Naturalmente!

Luego se engalanó las orejas con las cerezas de un arbol; pero como tenía hambre se las comió, como esos que venden sus joyas para comer.

De pronto pareció escuchar... Otra vez se aplicó el embudo al oído, y además miró con él. ¡Oh, sí, sí! Allí había un bulto; allí estaba la fiera que tosía...

Antes de acercarse, tuvo miedo. El pediría auxilio, de buena gana... Entonces se le ocurrió una cosa: tocar la corneta con el propio embudo; y dió tres toques muy sentimentales... Pero nadie acudió.

¿Qué haría? ¿qué haría?... Además, su espadín no tenía cazoleta, y las garras de la fiera pudieran muy bien arañarle la mano...

Mas he aquí que el embudo le dió la idea maravillosa: metió la punta del espadín por el agujero del cacharro, y la parte ancha quedó de cazoleta formidable.

Y como ya lo tenía todo—gracias al embudo que se había colgado del hombro y que para todo le había servido—decidió avanzar.

Cauteloso, miedoso y voluntarioso, se acercó al bulto que tosía.

—¿Qué tienes, buen burrito?

—Una espina.

Chonón metió la mano en la boca del bicho, encontró un gancho, tiró con el

gancho que hizo con su dedo, y saco un pedazo de metal que le hizo exclamar:

—¡Esto no es una espina!...

—Confesará, si callas,—dijo el burro poniéndose colorado por debajo de sus pelos grises.

—Te prometo callar,—dijo el niño.

—Es que... como pude... metí el hocico en el cencerro profundo que llevo colgado, aunque tuve que hacer unas dolorosas contorsiones con el cuello. Arranqué el badajo, y he querido tragármelo para andar con todo silencio por las tierras de labor, de trigo, de cebada y de centeno, ya que me pusieron la campanota esta para que supieran cuándo me metía en los sabrosos cercados prohibidos para mí.

—Mira, borriquito: a mi no me vengas con fábulas,—dijo Chonón con un gesto de desprecio. Tiró a sobaquillo el badajo y se volvió lleno de rabia a la Ciudad, porque había hecho el ridículo con toda su valerosa decisión.

Sin embargo, ha colgado el embudo con las armas que decoraban el recibimiento de su casa.

ANTONIO ROBLES

La canción de moda

Noche estival madrileña.
Calle de barrio chispero.
Calma, flojera, galvana,
laxitud y aburrimento.

A las puertas, los vecinos,
muertos de sed y de sueño,
leen, beben, fuman y hablan
de los últimos sucesos.

Por la calzada, unas niñas
cantarinas van diciendo:
«Yo me quería casar
con un mocito barbero...»

De la próxima taberna
sale una densa algazara
de cantares y discursos,
de voces y risotadas.

Un gramófono cercano
con gritos gangosos canta
las estrofas doloridas
de una copleja barata.

Y a lo largo de la calle,
el grupo de nenitas canta:
«En Cádiz hay una niña
que Catalina se llama...»

Dan las doce. Las tertulias
van tocando ya a su fin.
Los que han de trabajar sienten
necesidad de dormir.

La calle se enluta. Un auto
pasa rápido y febril
rasgando el aire y la sombra
con su luz y su rugir.

La voz de las niñas canta
su despedida gentil:
«¡Ay, chibiri, chibiri, chibiri,
ay, chibiri, chibiri, chil...»

MARCIANO ZURITA

La Valet y los abuelos

Ya sé, Blázquez, ¡ay dolor!
que las cuchillas Valet
son prendas de tocador.
Las reinas de nuestro amor,
para hacerse la toilette,
las compran al por mayor.

Esa máquina famosa
que siega nuestro bigote,
llega luego temblorosa
como linda mariposa,
a posarse en el cogote
de una hermosa.

Y los rizados «abuelos»,
nidos de nuestra ilusión,
van cayendo por los suelos.
Ya es muy difícil cuestión
diferenciar por los pelos
la garçona y el garçón.

Pero usted, gran comerciante
sonríe irónicamente
pensando que, en adelante,
la mujer será un cliente
consumidor importante
de esa máquina rapante.

Pues la cuchilla Valet
sirve igual a la toilette
de un cogote
femenil
que al rapado del bigote
de un civil.

Venus, la vieja cadaua,
yace rota por los suelos.
Ahora la mujer se educa,
lucha, con otros anhelos...
¿Qué dirían los abuelos?
No me refirero a los pelos
de la nuca.

ENRIQUE SORIANO

Canción para romerías

Para "El Bazar Murciano"

Vámonos, canción, al campo,
vámonos.

Vámonos por el camino
regado de sol,
fresco de álamos blancos,
vámonos.

Vámonos, que la mañana
tiene un gracioso temblor
de salir del río, y siente
una perfecta emoción
de mañanita romera,
vámonos.

(Los árboles del camino
también van con su canción)

Vámonos, que ya está hilando
la risa de la mañana
la flauta con el tambor

Vámonos, canción, al campo,
vámonos.

EDUARDO DE ONTAÑÓN

¡Viva el castillo!

Ponte maja, Mari-Rosa,
que quiero hogaño feriar
iguar que en los tiempos mozos
que estábamos retijantes;
reguerve er culo del arca;
ponte er pañuelo e lunares;
el armao con puntillas;
las arracás de tres pares
de brillantes en cá lao
que te merqué en ca er tío Blázquez;
que ésta es noche de castillo,
y er tío Juan Antonio Zánches,
no se pierde un roncaor
ni una traca, así lo maten.

Y aunque hogaño s'han perdido
las crillas y los tomates,
er busano s'ha torció
y ar cochino l'ha entrao usagre,
en er cujón de la manta
tengo apartaos treinta reales
pa mercarte un pendontifle
como no haiga otro en los Garres,
pa que luego se lo enseñes
ar Pepuso y ar Jenares
y vean qu'en custión d'arbullo
a mí no me chafa naide.

Te entraré pa la Lorieta,
pa qu'efises mentres andes
un reló der Monecipio
q'hay en la fachá d'alante;
(lo único que dá allí cuartos
sigun ice mi compáere,
pos le deben cuatro chavos
y no hay Dios quien se los pague).

Verás tamién unos nenes
con unos carzones grandes
que les han puesto Chanchullos
por debérseles ar saetre;
y tamién unas zagales
(angunas ya con zagales)
que por ir a lo garzone
llevan er cocote al aire.

¡Qué iferenciencia, María-Rosa,
de la mata d'azabache
con que t'hacias, siendo moza,
aquer moñazo tan grande
que era encanto de mis ojos
y que m'encendía la sangre!
¿Qué ices? ¿Que no quíes venir?
¿Que ya no es la feria de antes
cuando te merqué aquer tieso
que t'hacia destornillarte?

¿Que te da muncha tristeza
ver las cosas cambiarse,
y que ya no son lo mesmo
las presonas y los trajes,
ni las costumbres aquellas
der tiempo de nuestros páeres?
Tíes razón. Tó en este mundo
tié er sino de tresformarse,
y dende er micobrio al hombre
y der prejo ar alifante,
tó está ingierto en la jumitria
der tiempo y sus macandaes.

En ves de tíos con horchata,
ahora hay puestos de chámblis;
en lugar de caballicos,
corren los autos Citruanes;
por jinjoles y membrillos
venden prátanos y caques;
en ves de lirones, mercan
perulises los zagales;
y en lugar de pruchinelas
con Cristobical y er fraile,
ahora vienen esos púgils
que se ponen uños guantes
pa pegarse manguzás
y sartarse los quijales...

Pero hay argo que no cambia
por mas qu'er tiempo se pase,
que es la ruela de los castillos
con tuiquios sus luminares;

er tronío de los cobetes
qu'en mengalas se deshacen,
y er remor d'er roncaor
que como una flecha sale...

Y el güertano c'ar sentir
er trueno gordo, no sarte,
ni pegue nengún berrio
ni dé un repullo en el aire,
ni es de casta de güertanos,
ni es panocho, ni tié sangre;
¡tó lo mas que tié, es estopa,
como un muñeco de Blásques!

F. FRUTOS RODRIGUEZ

¡Lo que se descubrel!

—«¿Qué cosas se descubren
en estos días!»—
dos graciosas muchachas,
amigas mías,
al salir del alegre
Bazar Murciano,
en el que en Murcia compra
todo cristiano—
me decían el jueves,
mientras dejaban
ver los amplios escotes
que ellas llevaban.

—«Esos descubrimientos
me vuelven loco
— contesté — ; pero siempre...
saben a poco...»
— «No haga usted insinuaciones
pecaminosas;
esos descubrimientos
son de otras cosas...»
Y entonces presentaron
ante mi vista,
la noticia que al mundo
daba un cronista,
refiriendo que en Londres
un fabricante
ha hecho el descubrimiento
más importante.

Ha descubierto—y pronto
lo ha demostrado —
que con la piel humana
se hace un calzado
que dura—aunque alguien crea
que es disparate—
aún más que el consabido
becerro mate.

La piel de muchas suegras,
yo considero
que no habrá de ser útil
al zapatero,
porque las que encizañan
a un matrimonio,
¡son todas de la dura
piel del demonio!
Si el invento prospera
y es una vifa,
no se dirán elogios
del que la diña.
pues nadie a los difuntos
ha de alabarlos;
al revés: ¡querrán todos
despellejarlos!

Yo, al ver esa noticia,
que me asombraba,
contesté a las chicuelas
con las que hablaba:
— «Que vivan muchos años,
a Dios suplico;
pero sí—al fin, mortales—
hincáis el pico,
premiad con un legado
mis chirigotas,
¡Y dejadme el escote
para una botas!...»

JOSÉ RODAO

El bar de Nicomedes

Por un casual, conocen
el nuevo Bar «Mercedes»
que el señor Nicomedes
ha puesto en las Vistillas?
¡Bueno! Yo no conozgo
las siete maravillas,
mas me sonrió de ellas,
con permiso de ustedes.

¡Vaya postin en todo!
¡Qué techos! ¡Qué paredes!
¡Qué mostrador marmóreo!
¡Qué mesas y qué sillas!

El aquel fantástico
sacó de sus casillas,
en lo que toca al lujo,
al señor Nicomedes.

Es una tontería de Bar
que quita el hipo,
como el otro que dice,
por la mis en escena...

Pero, si vais a verlo,
no paseis de la entrada
ni os gasteis una gorda,
porque sus participo

que el bar de Nicomedes
no tiene cosa buena
y que allí, ¡Nicomedes,
ni bebedes, ni nada!

CARLOS LUIS DE CUENCA

Avila-Agosto-1926

Recuerdo...

En tal día como hoy se ha cumplido el año. Como los anteriores, recibí en el último el requerimiento cariñoso de Ricardo a fin de que no dejara de enviarle unas cuartillas para su Bazar Murciano. Acababa de llegar de Madrid a Santa Catalina del Monte, buscando el reposo que allí me falta; y como el plazo hábil para la composición y tirada del número estaba, como está hoy ya, casi apurado, se me hizo nueva, apremiante, pero cordialísima invitación, y en el acto fué aceptada. Pudo serlo gracias a la amable intervención de un caballero delicado de salud, pero del que nos prometíamos todos larga y fecunda vida; quien con la bondad que era su distintivo y por la amistad y afectuosa consideración con que me honraba, se ofreció, aún siendo la hora de trasladarse a Murcia, a esperar el tiempo necesario para que escribiera y llevar él las cuartillas para hacerlas llegar a su destino.

El caballero a quien aludo era don José López Ferrer Moreno, fallecido en Abril último, y en la muerte del cual, perdió Murcia una de las inteligencias más cultivadas en lo atañente a las industrias en general, un corazón del que rebosaba el patriotismo, aunque libre de ciertas usuales sensiblerías patrioterías, que sentía amor intenso hacia esta ciudad y se emocionaba ante cualquiera representación o manifestación de murcianismo verdadero.

Por cierto que hablamos entonces, o, dicho más exactamente, me habló él, de la industria de los juguetes como tema adecuado para «El Bazar Murciano» en relación con las aptitudes que todos reconocemos a su ilustre y entusiasta fundador; y con tal motivo me dió interesantes detalles de un artículo que vi tenía a mano y que a la sazón acababa de publicarse, acerca del desarrollo de la mentada industria en la alemana Sonnenberg y del magnífico mapa de relieve que Kunze, director del Museo Industrial de dicha ciudad, había hecho construir en Meiningen reproduciendo exactamente la región Sonnenbergiana. ¡Cuán grandes beneficios obtendría Murcia—afirmaba—si aquí, bajo la dirección de hombre tan inteligente y activo como Ricardo Blázquez, se estableciera y desarrollara la industria de los juguetes en forma análoga a la de Sonnenberg! ¡Cuántas familias no encontrarían ocupación bien retribuida y cuántos millones no entrarían en esta ciudad!

De esto hablamos hoy ha hecho un año, José López-Ferrer y yo, aquel joven que consagraba a Murcia lo mejor de su espíritu, que eran sus reflexiones, y los más amorosos latidos de su corazón. Con él perdió nuestra ciudad a uno de los hombres—sin escaparate, porque era sencillo y modesto,—que más hubieran podido favorecerla con sus iniciativas, su consejo y su actuación personal en lo porvenir; y sus padres y hermanos respectivamente, un hijo y un deudo ejemplar; yo uno de mis mejores y más queridos amigos; pero el Cielo ganó un santo...

MIGUEL PEÑAFLO

Santuario de la Luz
18-VIII-926

LA TRISTEZA DE COLOMBINA

En un jardín esplendente,
junto al tazón de una fuente
peregrina,

Arlequin besa en la frente
a la bella Colombina
y así le dice:—«Señora:

mi corazón que os adora

con locura,
con vuestra tristeza, llora
y sufre horrible tortura.

¿Qué teneis que triste estais?

¿Por qué sin rumbo, vagais

distraída,
por el jardín?... ¿Dónde vais,

Colombina de mi vida?»

Y tras lanzar un suspiro

que resuena como un tiro

en la noche,
Colombina, dice:—«Admiro,

Arlequin, ese derroche

de palabrería vana

que aún llega a mí, cual liviana

vibración

de una distante campana...

¿De dónde partió ese son?»

Y dice Arlequin:—«Tormento

de mi alma, el pensamiento,

Colombina,

vuestro paso espía atento

y un gran dolor imagina

que safrís.» Y dice ella:

—¿Veis esa lejana estrella,

luz de oro?

Ella guarda mi querella;

ella sabe por qué lloro.»

Y Arlequin, contempla el Cielo.

Su mirar dice el anhelo

de saber

el dolor que oculta el velo

de aquel llanto de mujer.

De pronto, inspirado, exclama:

—«¡Colombina! ¡Bella dama

seductora!

Ya sé el ansia que os inflama;

ya sé el dolor que os devora.»

Y prosigue así el pali que:

«Vuestra ambición»...

—«No halla dique.

—«Es humana»...

—«Y es mortal».

—«Dejad que explique

cómo haís de curarla, hermana».

—«Es incurable el deseo».

—«Tal juzgais, mas no lo creo,

Colombina».

—«Mi ansia es nuevo Prometeo,

que a la locura encamina».

—«¿Queréis darme vuestra mano?

Puedo guiaros, ufano,

a un lugar,

Palacio—Bazar Murciano,

donde Blázquez, soberano,

al punto sabrá colmar

vuestro deseo tirano

porque tiene en su bazar

(palacio de arte y riqueza)

cuanto pudo ambicionar

vuestra alocada cabeza.

¿Vamos, gentil Colombina?»

—«Vamos, donoso Arlequin.»

...Y la fuente cristalina,

no oyó más...

Y esto dió fin.

RODOLFO DE SALAZAR.

Madrid-Agosto 1926.

Para EL BAZAR MURCIANO

RELIGIOSA

Inspírame, Musa mía;

que demasiada osadía

es querer a ella cantar,

y su grandeza rimar

con pobre palabrería.

De los silencios más graves,

préstame la austera calma...

y del piar de las aves

dame los trinos suaves

que conmueven tanto al alma.

De los más bellos primores

de las plantas y las flores,

dame la egregia pintura...

porque ella es toda hermosura,

toda luz, toda colores.

No quiero con la pobreza

del rudo son de mi lira,

cautar su inmensa realza...

dá a mis coplas la pureza,

por la que mi alma suspira.

En sentidos madrigales,

en primorosa tonada,

con pensamientos geniales,

quiero cantar los ideales

de la niña enamorada...

que le es preciso latir

al corazón para hablar,

y para poder decir

lo que se quiere expresar,

es necesario sentir.

Conque, presto, Musa mía,

despierta mi inspiración...

dá a mi númen la poesía,

que embriagada de armonía,

dé placer al corazón.

Ella es buena, cariñosa,

sencilla, noble, modosa,

caritativa y honrada...

y, como abeja dorada,

una mujer laboriosa.

Ella, en su frente serena,

tiene la blanca azucena

aún más pura que el azahar...

y yo la quiero cantar,

por lo humilde y por lo buena.

Ella tiene en su mirada

la luz que en el sol fulgura...

y en su cara la frescura

de una rosa perfumada,

del jardín de la hermosura.

Y la quiero, porque es ella,

mi vida, mi sol, mi estrella,

una mujer hacendosa...

porque no hay otra más bella,

ni más santa y religiosa...

Conque, anda, Musa mía;

dame esos conceptos graves,

melódicos y suaves...

Cante mi alma su alegría,

tal como cantan las aves

al amanecer el día...

CECILIO RECALDE

Madrid.

EVOCACIÓN

Para «El Bazar Murciano»

Recuerdo con placer, Murcia querida,
a pesar de sensible alejamiento,
la luz de tu irisado firmamento,
tu Huerta de laurel entretejida;

tu vistosa Fuensanta, donde anida
del misticismo el puro sentimiento;
tus esculturas del buril portentoso,
tu Torre, escudo, pabellón y egida;

tu Malecón, muralla del Segura,
tu río que desbórdase galano
entre valles de cálida hermosura...

Mas si de todo tu blasón me ufano,
cual centro de genial manufactura,
¿quién no recuerda tu Bazar Murciano?

TIRSO CAMACHO

Madrid.

DISCULPA

A la señorita Maria
de los Angeles
Aznar, en disculpa de
la tardanza en man-
darle unos versos de
abanico.

Bella amiga: mil perdones
rendidamente te pido,
por mi tardanza en mandarte
los versos del abanico.

Es el caso, que mi Musa
que cantó en varios estilos
a las bellezas terrenas
y a los humanos prodigios,

jamás se encontró en el trance
de cantar al Paraíso,
de que es divino resumen
ese semblante divino.

Esa figura de diosa
y ese cuerpo gentilísimo,
que enamora por la gracia
si cautiva por el ritmo.

Esa voz, embrujadora
del corazón y el oído,
y esa sonrisa, constante
tirana de los sentidos.

Esa arrogancia sencilla,
ese gentil atractivo,
ese donaire garboso,
y ese mago predominio,

que exhala como un aroma
y esparce como un rocío
el jardín de tus encantos,
eternamente florido.

¿Qué ritmo mas armonioso
que el de tu acento purísimo?
¿Que imagen tan primorosa
como la de tus hechizos?

¿Qué Ovillos mas preciados
que los que fingen tus rizados,
puros vellones, del cielo
de tu frente desprendidos?

¿Qué poema de ternura
y candor mas exquisito,
que el que late, dulcemente,
en tu virginal espíritu?

¿Qué madrigal mas sonoro
que el de tus labios, ungidos
con la miel de tu sonrisa
y el aura de tus suspiros?

Malaventurada Musa,
atormentada al unísono,
por dos contrarios impulsos
y dos gustos enemigos.

El deseo de enviarte
su humilde mensaje lírico,
y el pesar de separarse
de mensajero tan íntimo...

Confidente de tus sueños,
galán de tus regocijos,
testigo de tus fervores
y de tus glorias testigo.

Musa malaventurada,
tuvo el corazón en vilo
creyendo que profanaba
aquel varillaje rico.

—Sagrario de tus rubores,
talismán del albedrío,
alado cetro de Venus,
dulce aljaba de Cupido...

donde velaron tus ojos
su resplandor p-regirino,
y la alondra de tu risa
halló jauría, rama y nido.—

¿Como, pues, bella Maria,
no retardar el envío?
si mi Musa infortunada,
temerosa de castigo,

te ha de pedir mil perdones,
a cuenta de tales ripios...
por haberlos demorado,
y por haberlos escrito.

Beso tus pies y tu mano,
y la orla de tu vestido,
y la huella de tu paso,
y el aire de tu abanico.

MIGUEL PELAYO

!La luna de miel!

«Murcia 30 de Agosto.
Respetable D. Trifón,
excelente amigo mío
y admirable confesor:
Desde el día inolvidable
en que usted me desposó
con Purita, en la parroquia
de Valdesindeticón,
en esta ciudad me encuentro
pasando, gracias a Dios,
la luna de miel, que al pronto
fué un idilio encantador;
pues en amoroso dúo,
juntos siempre ambos a dos,
no pensábamos en nada
más que en eso: en nuestro amor.

Pero ha de saber usted,
mi querido D. Trifón,
que un buen día mi Purita
salió a misa y no volvió
por lo ménos en tres horas
a nuestra casa-pensión;
porque según me asegura
con un cinismo feroz,
estuvo metida dentro
de un gran Bazar que encontró
el eno de cosas diversas
del gusto más superior.

Y bien está, si se quiere,
que a Pura en tal ocasión
el gran Bazar le agradase
si es de ello merecedor;
pero lo grave del caso
és que desde que lo vió
no sale del Bazar Pura
en todo el día de Dios,
y abandonado me tiene
dando al olvido el amor
que nos une y siendo causa
de mi desesperación.

¿Es más el Bazar Murciano
que un marido como yo,
sobre todo en plena luna
de miel, que es de miel un Sol?
Pura lo revuelve todo;
y Blázquez, que es el señor
de aquello, estará encantado;
pero ¡carámba! ¡yo nó.

Compra mi esposa juguetes
de diferente valor
para el niño del alcalde
de Valdesindeticón;
compra bolsillos, carteras,
pendientes y bibelots
para las cien amiguitas
que allá en el pueblo dejó;
compra aparatos de luz
eléctrica, y un montón
de cacharritos preciosos
para obsequiar al doctor
y a los parientes que tiene
allí; y hasta creo yo
que vá a comprar para el ama
del párroco un biberón.

Pero en lo que más dinero
me gasta ¡válgame Dios!
es en los ricos productos
(¡los adquiere al por mayor!)
que la Casa Gal fabrica,
como el soberbio jabón
de mil clases; los perfumes;
la colonia, que es la flor
de lo bueno, y el petróleo,
que hace echar pelo a un melón.

No censuro estos caprichos
de Pura; pero, al ver hoy
rajada así nuestra luna
de miel, como consultor
pregunto a usted en secreto,
respetable D. Trifón:
¿qué hago yo con mi costilla,
que en tres días me arruinó
comprando a Blázquez de cosas
espléndida colección?..

Y como fin de mi carta,
confieso a usted un temor
horrible que siento al ver
en Pura tal obsesión:
¿será que se ha enamorado
de Blázquez, que es un gachó
capaz de encender en Pura
la llama de una pasión?..
¡Dígame qué debo hacer
en este caso, señor!
Y atenderá sus consejos
su amigo

Delfin Quirós.

Por la copia,
JUAN PÉREZ ZÚÑIGA

DE LA MURCIA NUEVA

El ficus, la biblioteca y la colección del «Bazar»

«A Ricardo Blázquez»

Es cosa hecha. En la fecha aniversario del natalicio de Cervantes—siete de Octubre—se inaugurará en nuestro remozado jardín de Santo Domingo, una Biblioteca al aire libre de autores murcianos.

¡Oh europeización insospechada...! ¿Quién hubiera predicho hace veinte años tan insólita novedad? La biblioteca se instalará al parecer, en un kiosco *ad hoc* bajo las ramas maternas del ficus colosal y frente al busto del defensor de la vida de ese bellissimo árbol, don Ricardo Codorniu.

¡Estatuas a Codorniu, respeto y simpatía por los árboles, bibliotecas en jardines...! Decididamente los tiempos cambian. Vivamos a su compás.

Y bien gerén ustedes que los lectores de esos libros murcianos, humilde y provincianamente editados, serán doctos alemanes de gruesas antiparras; intelectuales parisinas con el pelo a la garçon o rubias *Mises* con impertinentes de concha...?

No. ¿Verdad...? Así es de esperar. Más bien serán manoseadas sus páginas por dependientes de comercio y obreros murcianos... En tal supuesto esos modestos libros, serán voceros, ante el pueblo, de la historia, de la leyenda, y de la tradición murcianas.

Pidamos que se elijan cuidadosamente y que respondan al fin que han de cumplir.

En mi opinión, en una docena de nombres, se encierra toda la sangre y el espíritu de nuestras letras. En cuanto a colecciones de revistas del pasado local, lo más representativo y vivaz que recuerdo son los volúmenes del «Semanaario murciano», los números de la malograda «Oróspeda» y la colección ya copiosa de este jugoso «Bazar».

Ricardo Blázquez, nuestro pimpante director y mecenas, se apresura ya a encuadrar lujosamente la colección del «Bazar Murciano», que ha de enviar bajo el ficus de las letras murcianas, al rincón fragante y florido...

Allí esperamos, relejendo a Ricardo Gil, los devotos de las musas.

ENRIQUE MARTÍ

El deseo de Zulema

(ROMANCE MORISCO)

Hamete el caudillo moro de los guerreros de Alhama, el que en Loja y Antequera probó el valor de su lanza, el del cutis bronceado y el de la rizada barba, a la murciana Zulema de esta manera le habla:

—¿Por qué hace tiempo no ríen tus lindos labios de grana, que en lecho de nieve brotan y ricas perlas esmaltan? ¿Por qué tus ojos más dulces que los fulgores del alba y la miel de los panales que nuestras abejas labran, lucen tristes bajo el velo del dosel de tus pestañas?

¿Por qué no acudes gozosa a disfrutar de las zambras que por honrarte se hacen y por gustarte preparan? ¿Por qué al tornar los Zegríes de los campos de batalla, coronados de laureles, que colocan a tus plantas, sin entusiasmos los miras, e indiferente les hablas?

¿Por qué pálido tu rostro perdió las tintas rosadas, que fueron un tiempo envidia de las rosas de Granada? ¿Por qué sufres, bella mora? ¿Por qué sufres, mi sultana? Deposita en este pecho que tan de veras te ama, esas penas que al ser tuyas son puñales que me matan.

II

Abrió un supiro los labios de Zulema la murciana y replicó de este modo, y estas fueron sus palabras: —Llevas razón, que hace tiempo

una pena me acobarda, un malestar me domina, un dolor me llena el alma. Ni en las zambras, ni en torneos ni en mis torres de la Alhambra, ni en mis cármenes frondosos, ni en mis lujosas estancias, consigo dormir las penas que por doquier me acompañan.

Desde que volver no puedo, por ser ya tierras cristianas, a las espléndidas huertas de mi campiña murciana, algo existe que me roban, algo existe que me falta.

Yo que aspiré indiferente los perfumes de la Arabia; yo que sentí los aromas de las flores más preciadas, solo un perfume ambicioso y el no gozarlo me mata. Aquellos ricos perfumes que en su lindo *Bazar* guarda, Ricardo Blázquez, orgullo de mi inolvidable patria, el tocador no enriquecen, de mi torre de Granada. Por eso muero de pena, por eso el dolor me mata.— Y al decir esto Zulema una silenciosa lágrima, bajó de sus negros ojos a las nieves de su cara, como una perla nacida en una concha de naçar.

III

Y las crónicas refieren que Hamete empuñó su lanza, montó en su alazán brioso, corrió a la tierra murciana y al conseguir los perfumes que codició la Sultana, se creyó más victorioso que tras reñidas batallas, pues de esperanzas y amores sintió palpitar su alma. Y desde entonces Zulema se mostró alegre y ufana; hubo en sus labios sonrisas, ternuras en sus miradas y se la vió satisfecha en las justas y en las zambras, que presidió su belleza en la ciudad de Granada.

NARCISO DIAZ DE ESCOVAR

La ensoñada mujer

En los lienzos áureos de mi Musa inquieta en lejanos tiempos plasmé un ideal que era el alimento de mi alma-poeta por aquel entonces toda de cristal.

Forjada tenía mi melte ardorosa una virgen, rubia lo mismo que el sol con la cabellera sedosa y nudosa y los labios rojos como el ababol.

La visión aquella que adoraba tanto me hizo prisionero de un extraño amor y aprendí en las redes de mi loco encanto lo que los ensueños tienen de dolor...

Una alegre tarde del florido Mayo al *Bazar Murciano*, yo no se a qué entré y sentí en el alma singular desmayo y un fuego en los ojos que no olvidaré.

Allí, frente a Blázquez la mujer soñada grácil y adorable se me presentó. El cabello de oro, tierna la mirada, igual que mi mente siempre la forjó.

Del *Bazar Murciano*, blanca como un nardo salió la muñeca que era mi ilusión, llevando en las manos cosas que a Ricardo compré, con un aire de satisfacción.

Quien es esa dama, preguntele a Blázquez que parece el hada de un cuento oriental? —Es una exquisita creación de Velazquez, fiel admiradora de la Casa Gal.

Una muchachita ingenua y graciosa que siempre, risueña, se llega hasta mí y me dice en alto: No hay mujer hermosa que a Gal no le deba más de un potosí.

Y añadió Ricardo: Tiene la evidencia que el Heno de Pravia seda hizo su piel y prestó a sus manos limpia transparente y suave tersura de hojas de elavel.

Nunca su cabello fué tan luminoso como ahora, cuidado con Petróleo Gal ni exhaló un perfume tan maravilloso como ahora, bañado de Añeja ideal.

Ni tuvo su cuerpo atracción tan fina hasta que en Perfumes Gal, se acarició

ni jamás su cara fué tan peregrina hasta que a los Polvos Gal resplandeció.

Por eso es cieenta del Bazar Murciano y es admiradora de la Casa Gal porque halló en su vida algo soberano que dió a su figura belleza inmortal.

Y porque a Gal debe, prosiguió Ricardo, lo que es hoy la dicha de su corazón un apuesto novio, joven y gallardo por quien ella vive loca de pasión.

¡Oh Blázquez! no siga, exclamé. ¿Y es (cierto?) —No dudes, repuso, se van a casar... Para tí haz la cuenta de que ya se ha (muerto) si es que en ella acaso llegaste a pensar.

La mente exaltada del loco poeta en aquel instante dormida quedó y el alma amorosa que soñaba inquieta en su fondo un algo trágico sintió.

Y yo desde entonces, ya desengañado, cruzo por la Vida con serenidad, y no alzo castillos, por no ver truncado algun otro ensueño de felicidad...

LEOPOLDO AYUSO

IMÁS ALLÁ!

El Non Plus Ultra de la leyenda rodó hasta el fondo de lo infinito, desde que Franco por aérea senda lanzó sus alas, lanzó otro grito.

Si Hércules rompe las dos montañas, y une dos mares en loco acceso, Franco, en el colmo de las hazañas, uno dos playas en largo beso.

Si Hércules ahoga las dos serpientes que manda Juno para venganza, con las audacias de los valientes Franco vió mundos que nadie alcanza.

De las Hespérides en los vergeles Hércules entra por el tesoro, y entre heroísmos y entre laureles ganó las bellas manzanas de oro.

Mató de un golpe la hidra de Lerna; desvió el curso del río Alfeo, y tuvo siempre su piel eterna, piel de leones, como trofeo.

Pues más que Franco y el Dios Alcides, con el impulso más soberano, hizo Ricardo cuando fundaba el imponente BAZAR MURCIANO

Tiene en sus naves de árabe ensueño luces y aromas, todo un tesoro; hasta me afirman que se ha hecho dueño de las gentiles manzanas de oro!

JESÚS CARRILLO DEL VALLE

Los Barreros.

CRISTALINA

Límpido y frágil vaso de Murano, hecho de aire de aurora transparente, que refleja el matiz iridesciente del claro mar dormido veneciano.

Búcaro delicado, leve y vano, fundido en luz purísima y fulgente, cuyo cónico flanco reluciente guarda la flor que arrebató tu mano:

Como a tu dueña cándida te miro; ingrátida y sutil, como un suspiro, inmaculada y aérea por de fuera;

Pero teniendo siempre que el acaso pueda romper el impoluto vaso con la flor de mi pecho prisionera.

ANDRÉS SOBEJANO

Agosto 1926

EL BAZAR

Señor don Ricardo Blázquez: Para su BAZAR MURCIANO me pide usted, cortesmente, que le remita un trabajo.

Con trabajo habré de hacerlo porque del *Bazar* declaro que ya no sé qué decir después de haber dicho tanto.

¿Voy a hacer constar que en géneros, innombrables por lo varios, tiene usted la flor y nata? ¡Si eso lo sabe hasta el gato!

¿Voy a elogiar, a estas fechas, ya su gusto, ya su agrado? ¡Si esas son cosas sabidas por todo el género humano!

¿Voy a anunciar que quien tenga que ofrecer algun regalo, debe al *Bazar* acudir? ¡Si nadie hace lo contrario!

¿Voy a proclamar que usted vende a precios muy baratos? ¡Si el público tal ventaja la celebra a cada paso!

¿Voy aquí, en letras de molde, a decir que las de cambio las paga usted puntualmente? ¡Si eso bien lo sabe el *Banco*!

¿Voy? Sí, voy... a terminar estas coplas *ipso facto* sosteniendo que en el mundo hay solo un *Bazar Murciano* (1)

JULIO HERNÁNDEZ

(1) Platería 66 y 68.-Murcia. Mayor, 33.-Cartagena.

ANHELOS

A Murcia en buque

Cuando el proyecto que ya es viable tenga los visos de la verdad y lo que es sueño, sea realidad y el río Segura sea navegable.

A los huertanos va a sernos dable ir embarcados a esa ciudad y anclar del buque la majestad bajo la Torre bella y notable.

Ser Murcia playa, ¡qué maravilla! Ir embarcados al Malecón, cruzar el bello manchón hermano y que nos lleve frágil barquilla al firme puerto de salvación que en el a brinda *Bazar Murciano*...

He aquí el anhelo deste huertano, deste huertano de corazón.

ABELARDO L. TERUEL

Hay que cerrar

La primera vez que oí a mi principal esta frase me quedé como el que ve visiones.

—Hay que cerrar, y a escape, me dijo don Ricardo.

Eran las diez de la mañana, y no sabía si es que don Ricardo se había vuelto loco, si quería darme la «novatada» o si se había movido una de esas refriegas, en que corren grave riesgo los escaparatés.

Como la frase se repetía dos o tres veces, y en tono imperativo, un tanto turbado hube de replicarle.

—Cerrar ya ¿A estas horas?

Mi principal se rió de la coladura, y con ese balanceo tan marcado, que tiene al andar, se vino hacia mí y me dijo:

—¿No sabes de qué cierre se trata?

Mi turbación subió de punto y la cara siempre irónica y guasona de don Ricardo, se iluminó con una marcada y expresiva sonrisa diciendome:

—¿Tu no cierras todos los días el establecimiento? Pues obligación tuya es tambien el cierre del periódico.

¡Ahí es nada lo que acababa de decirme! ¡Cerrar yo, el mas insignificante de la casa, un periódico, que es el compendio de la literatura nacional.

Tentado estuve de declararme en huelga, por no decir en franca huida; pero pensé en los inconvenientes que el asunto había de acarrearle, y me dije: el mundo anda mal de colocaciones, y no es cosa de vagar por esas calles en busca de otra cosa, que acaso no valga la pena.

Además, que si me preguntaban por qué había dejado el «Bazar» y tenía que confesar el motivo ¿quién iba a admitir en su tienda a un Aprendiz que no sabía cerrar?

Apeché con todo, me acordé de que a los audaces les ayuda la fortuna, y me atrevi con el primer intento. No debí salir mal del todo, cuando don Ricardo entiende que somos inseparables, él, el periódico y EL APRENDIZ DEL BAZAR

Tip de El Tiempo.-Murcia